

se resistió de una manera terminante, alegando que si alguno lo veía, era segura su perdición; pero mitad de grado, al ofrecérsele una gratificación; mitad por fuerza, al ver que X..... amartilló su pistola, al fin los puso sobre la ruta, llegando sin otro accidente, ya al obscurecer, al pueblo de Co-taxtla.

A su regreso á Matlaluca, en la noche del mismo día que llegó, un dragón de la sección de Jiménez llevaba á Huatusco el parte que rendía al Gobernador, quien le contestó en seguida que el día 1º de Mayo emprendía la marcha por San Jerónimo Zentla, por ser camino más practicable para la infantería, y que en la mañana del 4 atravesaría el camino nacional entre el Camarón y la Soledad, inclinándose más al primer punto, pernoctando durante la noche del 3 en "La Joya," donde esperaba aviso si estaba libre la vía, y proseguir hasta Cueva Pintada ó Cotaxtla.

XI

Llegó el día 4 de Mayo.

Era la víspera del primer aniversario del asalto de Puebla por las tropas del General Conde de Lorencez, en cuyo hecho de armas la victoria ciñó con sus laureles las banderas de la República, y que recordaban con entusiasmo los soldados de Jiménez en los momentos en que se disponían á practicar el reconocimiento previo, ordenado por el Coronel Milán, para efectuar el paso del camino carretero.

A las seis de la mañana una sección de exploradores compuesta de veinte hombres al mando del Teniente D. Anastasio Jiménez, hermano del Comandante, abrió la marcha, siguiéndola, á las siete, el resto de la fuerza, á cuyo frente iba el referido Comandante y el Capitán X....., y cuando llegaron á los linderos del camino, como en éste no apareciera alma viviente, unidos los exploradores al resto de la sección, comenzaron á bajar dirigiéndose á la "Joya," como estaba

ordenado. Allí debería encontrarse ya Milán con la fuerza de infantería.

Entre ocho y nueve, una ligera polvareda que se notó á menos de una legua de distancia, hizo suponer que Milán había anticipado su salida; pero como esto no era razonablemente admisible, pues en todo caso darían un rodeo tan innecesario como peligroso, Jiménez continuó avanzando, si bien con las precauciones necesarias. La caballería formó en ala, corriéndose á la derecha del camino para cortarlo en una extensión mayor, y con las carabinas en guardia, diviso á poco andar una fuerza de infantería enemiga, como de cien hombres pertenecientes al 2º batallón de la "Legión Extranjera," que se dirigía á Córdoba. Los dragones hicieron alto, rompiendo el fuego desde luego, aunque á demasiado larga distancia, siendo infructuosos sus tiros, por lo cual Jiménez ordenó el avance sin apresurarse demasiado, temeroso de que aquella no fuera sino alguna simple descubierta. El enemigo retrocedió entonces lentamente, haciendo fuego en retirada hasta ampararse de un caserón de mampostería, donde se refugió.

El Capitán X..... seguido de cuatro hombres de toda confianza, partió en el acto, á todo escape, poniéndose fuera del alcance del enemigo, para participar á Milán el inesperado encuentro. La caballería de Jiménez quedó en observación.

El enemigo comprendió su situación, y entretanto los dragones y el Capitán X..... corrían á toda rienda, los franceses desempedrarón el patio y piso de la casa, amontonando la piedra, á modo de muro, tras la puerta del zaguán y la de una ventana, y aspilleraron las paredes; de modo que, situada la casa en medio del campo, podían hacer fuego por todas partes, en una extensión dilatada y libre de obstáculos, lo cual quintuplicaba sus fuerzas.

A la una ó poco antes se avistó la vanguardia del Coronel Milán con éste y su Estado Mayor á la cabeza, y los Jefes Camacho y Talavera: componíase de dos compañías del ba-

tallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz, al mando de los Capitanes Somohano y Migoni y Frías; y momentos después hacían alto á retaguardia los piquetes del "Izote" y de "Córdoba." El batallón Guardia Nacional de Jalapa, al mando del Teniente Coronel D. Ismael Terán, tomaba posición también á retaguardia de una presa de agua que le servía de punto de apoyo, situada á espaldas del caserón.

Jiménez, á distancia conveniente, ejecutó una maniobra para obligar al enemigo á retroceder, en el caso de que intentara una salida, situándose Escobar, que llegó en aquellos momentos, tras del edificio, á la izquierda del batallón de Jalapa. Con éste y los piquetes antes dichos se formaron dos pequeñas columnas de asalto, quedando como reservas las caballerías, en las posiciones que respectivamente ocupaban.

Los Ayudantes de Estado Mayor comunicaron las últimas órdenes, y las compañías de Veracruz comenzaron desde luego el ataque. Dispersos en tiradores y arrastrándose por tierra durante un largo trayecto, sufrieron algunas bajas, logrando al fin ponerse bajo los fuegos del enemigo, al amparo de los muros de la misma casa en los intermedios de una á otra aspillería: espiaban el momento en que de ellas salía un tiro, casi siempre fatal para los nuestros, é inmediatamente introducían su fusil y hacían fuego, hasta que la boca de una carabina enemiga les indicaba el peligro.

A las dos de la tarde avanzaron las columnas á paso de carga, por derecha é izquierda á retaguardia de la casa, para rebasarla fuera de tiro del enemigo, y concentrar el ataque sobre un solo punto, el frente del edificio, que era por donde únicamente podía penetrarse, inutilizando á la vez las aspilleras del lado opuesto y las de los costados: los tiradores de Veracruz se concentraban al mismo frente, á proporción que las columnas cambiaban de posición.

Ya habían caído bastantes de nuestros soldados, siendo el primero el tambor Pablo Ochoa al pretender arrastrar una carreta cargada con paja para poner fuego á la puerta del edi-

ficio, cuando al lanzar su caballo para imprimir un movimiento de flanco á la primera columna que había oblicuado demasiado, cayó muerto, atravesado el corazón por una bala, el Jefe del Estado Mayor. Otro tanto sucedió al Alférez D. Rafael Redondo, Ayudante de Jiménez, que iba á comunicar una orden al Capitán Escobar; y momentos después, el Teniente D. Vicente Güido, Subayudante de las compañías de Veracruz, caía mortalmente herido en la región abdominal, al intentar incorporarse á sus compañeros.

Los franceses se batían con desesperación: casi todos sus tiros eran bien aprovechados, por la ventaja que les daba la posición que ocupaban, sin que pudieran apreciarse las bajas que les hicieran los tiradores de Veracruz, quienes los entretenían mientras llegaban las columnas, cuya marcha era muy peligrosa por encontrarse á pecho descubierto. El Capitán Güido y el Ayudante Rojas, ambos del batallón de Jalapa, caen á su vez para no levantarse más, al mismo tiempo que en la segunda columna era herido de muerte el Comandante del "Izote;" y emprendiendo la carrera ambas columnas, y cerrando las filas cada vez que caía alguno de sus compañeros, llegaron al frente avanzado, que vomitaba un torrente de fuego por sus troneras.

Eran las cuatro de la tarde cuando el soldado Barrientos, de Jalapa, lograba forzar, auxiliado de dos ó tres más, la puerta del zaguán, y embestir la trinchera de piedras, cayendo muerto en el acto: pero éste fué el último esfuerzo de los franceses para contener el asalto. Quisieron lanzarse á través de la brecha abierta, y los republicanos la taparon con sus pechos al penetrar, cayendo muertos ó heridos muchos de ellos. A la vez los de Veracruz penetraban también por la ventana; y ya dentro, franceses y mexicanos se buscaban para darse la muerte á culatazos y bayonetazos: no había tiempo ni espacio para cargar las armas; y era tan denso el humo producido por los tiros que se dispararon al penetrar, que no se distinguían unos á otros.

Aquello era espantoso: se reproducían, en pequeña escala, las escenas que tuvieron lugar en la batalla de "Barranca Seca," y en vano el clarín de órdenes tocaba "alto el fuego," para hacer cesar los horrores de una matanza inútil, hasta que por fin, fuegos, gritos, golpes, todo fué cesando poco á poco, porque el enemigo ya no hacía resistencia y pedía rendirse á discreción. Luego se tocó "llamada y tropa," y aquellos soldados fueron á ocupar sus filas echando entonces de menos á los compañeros cuyo lugar quedaba vacío. Aquí y allá en el campo, se oían los lastimeros gemidos de los heridos, é inmóviles, yertos, los cadáveres de los que habían sucumbido en la lucha, que acusaban venganza contra los traidores que trajeron la guerra al país.

En el interior del destrozado caserón el espectáculo era horrible á la vez que conmovedor: franceses y mexicanos yacían mezclados, confundidos, durmiendo juntos el sueño de la muerte que se habían prodigado con furor: unos y otros habían pagado con la vida, víctimas inocentes, la insensata ambición del hombre más funesto que ha tenido la Francia moderna; y unos y otros daban ya cuenta á Dios de haber cumplido con su deber.

Se pasó lista: cuarenta y tantos hombres de la clase de tropa permanecieron mudos á la voz de sus oficiales. Yacían tendidos esperando que sus hermanos de armas les dieran sepultura, como lo esperaban también Ayala, Redondo, Rojas, y dos horas más tarde la darían en una aldea ignorada á los dos Güido y al Comandante del "Izote." Entretanto, una ambulancia improvisada disponía lo necesario para conducir á los heridos, y el resto de la fuerza abría dos anchas fosas donde quedaron sepultados aquellos valientes cuyos nombres quedaban ignorados para la historia.

A eso de las cinco y media de la tarde comenzó la retirada: retirada triste y lúgubre, en la que los heridos abrían la marcha, transportándolos con el mayor cuidado posible, y los jefes la cerraban, cabizbajos y con todas las señales de un

profundo pesar. Las caballerías volvieron á ocupar sus posiciones primitivas, excepto un piquete de la de Jiménez que cubría la retaguardia de la columna en marcha.

XII

Tal fué el hecho de armas que desde entonces se conoció con el nombre de "acción del Camarón," y respecto de la cual se han hecho tan distintas apreciaciones, la mayor parte apasionadas y desfavorables á nuestras tropas, fundándose en la superioridad numérica de combatientes respecto á los contrarios.

No hay razón.

Este hecho de armas, enteramente casual, puede equipararse al que tuvo lugar en el "Mediadero" á fines de 1862. En éste, los republicanos, en la proporción de uno contra tres, tenían la ventaja de la posición: en aquél, si bien es cierto que la desproporción era mayor, en cambio la posición de los franceses era infinitamente superior. Tiraban tras de muros de piedra contra los cuales eran ineficaces los fuegos de la infantería, la que por otra parte sólo comenzó á disparar cuando se puso bajo las troneras que había abierto el enemigo: de modo que por más de una hora estuvo recibiendo tiros ciertos y precisos, como lo demuestra el hecho de que todas las heridas que recibieron los republicanos eran del pecho á la cabeza: no había una sola que bajara de la cintura. Además, el armamento era muy superior en calidad al nuestro: de mayor alcance y de mayor calibre, y dotados para una marcha larga, llevaba cada oficial y cada soldado, todos armados con carabinas, diez y ocho paradas, *todas consumidas*, según confesión de los prisioneros; y si la mortandad entre los republicanos no corresponde á la relativamente enorme cifra de proyectiles disparados, débese, primero, á que los tiradores de Veracruz, procuraban inutilizar los tiros del enemigo, desviando la puntería al asomar la boca del arma por las trone-

ras; y segundo, á que las columnas de ataque, una vez á distancia de tiro, emprendieron el asalto á la carrera, á fin de ponerse cuanto antes bajo el fuego que las aniquilaba.

Esto no significa la más ligera idea de aminorar el valor de aquellos soldados que pelearon como valientes.¹

XIII

Si la muerte de todos los oficiales y soldados que perecieron en este encuentro fué muy sentida, la del Teniente Coronel Ayala lo fué tanto más cuanto que todos los que presenciaron el hecho comprendieron que había sido *buscada*. Ni le correspondía el cumplimiento de la orden que por su conducto se dió á otro oficial, ni tomó el camino más seguro y *corto* para su desempeño, sino precisamente aquel donde de una manera irremisible tenía que perecer acribillado á balazos como sucedió.

Parece que unos amores desgraciados en su tierra natal (era del Interior), donde se vió burlado por el amigo que más quería y la mujer que le había entregado su corazón para llevarla al altar, hicieron que pidiera su baja en el cuerpo de ejército donde servía, para venir á continuar prestándolos lejos de aquellos lugares donde había visto desaparecer sus ilusiones, quedando burlado, desengañado y del todo decepcionado. Perfectamente recomendado por sus superiores, el Coronel Milán, á quien le fué simpático á primera vista, lo

¹ Cuando el ejército francés ocupó parte del territorio nacional, sus compatriotas les levantaron un pequeño y sencillo monumento conmemorativo, cerrado con un barandal de hierro, para honrar la memoria de aquellos valerosos soldados. Este monumento histórico fué destrozado después del restablecimiento de la República por una mano sacrilega y oculta, que seguramente comprendía el patriotismo ensañándose contra las cenizas de héroes que fueron vencidos en buena lid.

Se señala el nombre del individuo que ordenó la comisión de tal crimen, pero no está perfectamente comprobado. A estarlo, lo asentaríamos aquí para entregarlo á la execración de los hombres de corazón.

nombró desde luego Jefe de su Estado Mayor, y fué á este nuevo Jefe á quien confió su historia.

Adoptó un mal camino para olvidar sus penas, el de embriagarse con frecuencia, en cuyo estado muchas veces dejó conocer á otros oficiales parte de su desdicha. Pocos días antes de la expedición á la costa de Sotavento, dió un verdadero escándalo en Huatusco. Milán, á solas con él, le reprochó su conducta, previniéndole que para *otra vez*, lo daría de baja y lo desterraría del territorio de su mando. Ayala, todo avergonzado, porque era un joven de esmerada educación y de nobles sentimientos, le ofreció bajo palabra de honor, *que sería la última*, y así fué. Buscó la muerte para poner fin á una vida que ya le era pesada; y no queriendo morir como un cobarde *suicida*, se hizo matar como un valiente.

XIV

Un hecho curioso y casi ignorado.

Al proseguir su marcha las tropas, después de haber dejado en Huatusco los pocos heridos de una y otra parte que sobrevivieron, cuando comenzaron á bajar el camino, dejando á espaldas el pueblecillo de San Bartolo, los prisioneros Marcial Julien, Alexandro Adit y Carlos Berger, que habían fraternizado con nuestros soldados, de quienes recibían á cada paso las más vivas muestras de simpatía, solicitaron del Coronel Milán que les permitiera *cantar*; y concedida tan extraña petición, aquellos hombres, llenos de brío y de entusiasmo, y enlazados los brazos, entonaron en coro la *Marsellesa*, llorando á lágrima viva al entonar las estrofas del canto de guerra de la Francia republicana.

¡Cruel y terrible protesta contra el hombre del 2 de Diciembre, que los lanzó á la guerra contra una nación cuyos hijos han sido siempre admiradores de los grandes hombres del 93!